

# El Taller de Lectura y su Relación con el Taller de Redacción

Me propongo desarrollar algunas breves consideraciones en torno a los problemas académicos de las asignaturas Taller de Redacción y Taller de Lectura. Soy de los profesores que se han dedicado —después de un tiempo en que impartí ambas materias— a atender exclusivamente grupos de Taller de Lectura. Esta suerte de especialización se explica por el deseo de sobrellevar la carga de trabajo a que podría obligar la preparación de clases sobre materias que, si bien teóricamente tienen una estrecha vinculación —al grado de que desde hace tiempo algunos profesores pugnan por su fusión—, en la práctica escolar, con estudiantes sumamente desfasados con respecto al nivel de preparación que debía corresponderles a su ingreso al bachillerato, sin ninguna dificultad se las puede tomar tan ajena una de la otra como a la materia de estética misma con relación al Taller de Lectura, a pesar de la muy obvia afinidad que existe entre ambas por el hecho de que los textos literarios forman parte de la categoría más amplia de los objetos estéticos. A este problema de la relación entre lectura y redacción quiero referirme específicamente.

El problema de la interdisciplina se antoja artificial, cuando se piensa en los problemas inmediatos y concretos que nos apremian a causa de una falta de vinculación racional y provechosa entre las materias más afines de una misma área. Resulta conveniente, con el propósito de empezar pisando tierra en discusiones de orden teórico como la presente, referirse a algunas de las experiencias que están en el origen de esta situación en las que asignaturas como Redacción y Lectura se ignoran mutuamente.

1. El nivel de carencia, deficiencia, incompetencia, subdesarrollo, o como quiera llamársele al estado en que llegan los alumnos con los que empezamos a trabajar (y el empezar se refiere estrictamente al comienzo tanto del primero como del tercer semestre), es suficiente experiencia para no desear enseñar a redactar a personas que requieren de un aprendizaje más fundamental (básico) que el que de muy diversas maneras, y muy ambiciosa y bastante descontextualizadamente, se pretende a través de los progra-

mas que han sido (son y serán) y si se considera que los profesores insistimos en seguir canalizando las frustraciones que el Colegio nos inflige a través de una espantosa experimentación –improvisación que aleja a los programas cada vez más de las realidades que presumen atender.

2. No hay denostación en el hecho de señalar que la mayoría de nuestros alumnos no ejercen sus facultades para la lectura. La designación técnica, por lo demás, apenas si alcanza a contener la ira y la impotencia que a cada mala lectura, a cada redacción torpe y brutal, nace cotidianamente en los profesores. Es una obviedad, pero allí está: no hay lecturas inteligentes que sirvan de base al diálogo, a la investigación y la obtención de conclusiones valiosas para la memoria y útiles en la formación del pensamiento, como tampoco hay la capacidad para hilvanar dos frases sensatas con una mínima significación. Las dos actividades (leer escribir) son parte de un mismo proceso, pero la realidad es que cada una aún está por desarrollarse en nuestros alumnos, y para ello se requiere de un esfuerzo –por la magnitud de la necesidad– separado aunque paralelo. Una y otra materia deben apoyarse mutuamente en la consecución de sus objetivos. Aún más: redacción debe privilegiar el empleo de textos literarios en el desarrollo de la capacidad de la escritura, habida cuenta de la variedad de registros del habla que el discurso literario incorpora y que constituyen una amplia gama de posibilidades que el sujeto puede ir conociendo y aprovechando en la conformación

de un estilo propio de expresión. De otra parte, una lectura atenta y crítica puede constituir un apoyo cierto y fructífero en la tarea de ampliar el vocabulario, mejorar la composición y acopiar recursos expresivos.

3. Antes he dicho “una y otra materia deben apoyarse mutuamente” expresando, de esta manera, una posición que procura seguir conservando el terreno específico de cada materia. Mi experiencia personal en el Taller de Redacción es que las dificultades que el profesor debe resolver allí, son tales que serían inabordables si les agregáramos las propias del Taller de Lectura. Cada vez me convenzo más –desde luego que es éste un convencimiento empírico, digamos, no una convicción intelectual– de que de la misma manera que el texto literario instaura por sí mismo un objeto de conocimiento teórica y metodológicamente válido para el Taller de Lectura, el Taller de Redacción tiene su objeto de conocimiento en el desarrollo de la capacidad de reflexión con respecto a la expresión, privilegiando en ella la lingüística y, más particularmente, por lo que tiene de utilidad pedagógica a través de su carga emotiva, la poética o literaria. Esa sería la función de la sintaxis en el aprendizaje de la redacción: la de una lógica del lenguaje, necesaria para ejercer una acción crítica, vigilante, sobre un instrumento que se nos puede volver en contra, o no servirnos de nada, sin una elemental información acerca de su uso. Pero la comprensión de esta lógica del lenguaje que es la sintaxis, debía orientarse en términos de un mayor

aprovechamiento pedagógico. Tal vez hay que hacerles entender a los estudiantes que la lógica del lenguaje tiene su correlato en el orden inherente al pensamiento mismo. Todavía no está claramente discernida la utilidad que un aprendizaje ortodoxo de la gramática puede tener en la solución de los problemas de una mala redacción. Sin desconocer y sin pretender disminuir la importancia que tal aprendizaje puede tener, también hay que evaluar los resultados obtenidos hasta el momento: todo parece indicar que no se va más allá de lo que las reglas ortográficas y su memorización y mecanización procuran resolver en el nivel que les corresponde. En este sentido hay mucho que aprender todavía a los ejercicios de retórica y la filosofía del lenguaje a que Mairena obligaba de manera constante a sus alumnos. Con respecto a los diversos temas de la lingüística (folletos de la ANUIES) en las que se ha buscado apoyar las tareas propias del Taller de Redacción, habría que tomar la saludable distancia crítica que Machado recomendaba a propósito de los manuales: conocerlos, e incluso producirlos, para poder prescindir de ellos.

4. La redacción debe poner al descubierto —de la misma manera que la “comprensión” del texto, la asimilación de la literalidad de éste es un primer paso hacia el descubrimiento de su significación y de allí a las ideas y la “visión” del autor—, junto con

las deficiencias técnicas, las debilidades del propio pensamiento. La redacción es la ocasión que uno tiene de leerse a sí mismo en el sentido más lato de la expresión; vista así, la corrección a que ella obliga, es un ordenamiento permanente de nuestra misma capacidad reflexiva. Quien se preocupa por su escritura, busca en el orden de las palabras de los otros el orden que el propio pensamiento requiere. Leer en el Taller de Lectura debe ser una actividad consciente de esta doble necesidad: la de aprender lo que el otro nos comunica y la de aprehendernos a nosotros mismos en el acto de la carencia que el otro cubre por obra de su expresión. *Leer para podernos expresar*: en la situación actual en que al Taller de Redacción se lo pulveriza en ejercicios separados de un sentido global del lenguaje (de una filosofía del lenguaje), de su lógica (o cuando menos de una lógica de la expresión), es mucho lo que a través de una actividad lectora inteligente puede recibir del Taller de Lectura: Gabriel Zaid considera (*La máquina de cantar*) que Shakespeare pudo expresar fielmente el lenguaje de su época (en su sentido amplio de cultura) porque supo leerlo apropiadamente.

JORGE RUIZ BASTO  
Plantel Oriente